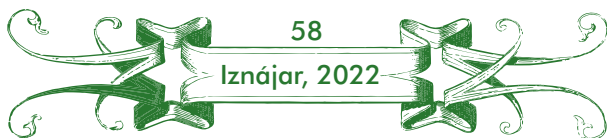




LUCES DE NEÓN

Lucía Ramos Pérez



LUCES DE NEÓN

LUCÍA RAMOS PÉREZ

58

—

2022

3

Luces de neón

*Imprime: Publicidad El Castillo
C/ 9 de junio de 1910, 2
14970 IZNÁJAR (Córdoba)
Telf. y Fax: 957 53 47 19
imprentaelcastillo@gmail.com
www.publicidadelcastillo.com*

Depósito legal: CO-749/2022

Miembros del Jurado
Primer Premio de Relato Corto 2022
Categoría Juvenil
Ayuntamiento de Iznájar
Publicidad El Castillo

Juana Toledano Molina
Salvador Ferreira Porras
Irene Mateo Nieto
Susana Ramírez Garrido
Juanjo Campillos Cañas
Felipe Contreras Jaén

Vivía cegada por luces y sombras, las luces que desprendía aquel cartel de neón, y las sombras que este provocaba. Aquellos delante de este, no sabían si ocultaba algo tras él, ni se lo imaginaban, y, por ende, tampoco se figuraban la profunda desdicha que llega a provocar la falta de luminosidad. Aquellos encubiertos por la llamativa atención que el cartel evocaba, conocían ambos lados, aunque solo pertenecían a uno. Creo que ese era el principal rasgo que los distinguía, seguido de una inabarcable lista de características.

Aquello que eternamente alimentará mi vergüenza, es que yo pertenecía al primero. Supongo que nunca tuve elección, pues por mucha libertad que se predique, algunos nunca podrían ni rozarla. Eso es lo que más odio del mundo actual, que aquellos que viven lejanos a las luces de neón, desconocen la existencia de estas, por consiguiente, desconocen ambos grupos de personas. Y lo que es peor, juran que la libertad es un derecho que hoy en día todos aspiramos a tener.

Ellas te podrán decir que no.

Empezando por Alexandra. Es una chica con curvas y morena, tiene unos enormes ojos verdes con los que ve la vida de una manera ciertamente optimista. Lleva ingentes cantidades de maquillaje con el fin de parecer otra, nunca se imaginó que desempeñaría aquel papel, cosa que le avergüenza. Aunque yo sé que no debería. Cuando la conocí llevaba de complemento

una extrovertida sonrisa que nos invitaba a todos a entablar una conversación con ella, por supuesto, no lo hice. La última vez que la vi, ni rastro quedaba de su boca divertida, esa expresión quedaba ya lejana para ella, se había olvidado de una cosa tan mecánica como esbozar un rasgo de felicidad.

Llegó a España con el fin de enviarle dinero a su familia y volver para regalarles una mejor vida. Sin embargo, lejos de encontrarse con la Puerta del Sol, una oportunidad para levantar cabeza o un digno trabajo, se topó con una ascendente deuda y un prostíbulo demasiado bien presentado.

La historia de Vania no es muy distinta, ella es rubia y alta, su forma de ver la vida es distinta a la de Alexandra, pero no era menos encantadora. Es distante y fría, al menos lo fue conmigo. Con sus compañeras era comprensiva y leal. Generalmen-

te la veía con vestidos rojos o negros, aquellos que combinaban con el color de su blanca piel. En sus labios primaba el labial rojo intenso. Nunca la vi con una sonrisa, sin embargo, yo nunca dudé que esta había sido desterrada de su afilado rostro.

Ella, sin embargo, llevaba un tiempo en España, había trabajado de camarera, aunque el dinero no le llegaba para las necesidades básicas. De la noche a la mañana la despidieron, se vio tremendamente asfixiada por el alquiler, que en los últimos años había aumentado considerablemente. Finalmente, no hubo techo que la resguardara en las frías noches de invierno, por lo que se vio obligada a buscar una alternativa.

La oportunidad llamó a su inexistente puerta, lo hizo en forma de hombre trajeado que le juraba un trabajo decente con alojamiento. Alegato exageradamente alejado a la realidad.

Siguiendo la línea, Miriam, ella destaca por sus exuberantes rizos rubios. Tiene unos ojos color miel agotados por su desgracia. Lleva siempre unos prominentes tacones con el fin de salvar distancias, pues su condición es bajita. Antiguamente era risueña y soñadora, lo supuse la primera vez que la vi cruzar la puerta del local.

Ella era hija de un traficante el cual distribuía droga a los dueños del cartel de neón, tras su muerte dejó una enorme deuda que a duras penas podrían pagar Miriam y su madre. Por lo que estos irrumpieron en su acogedora morada y se llevaron a Miriam como moneda de cambio.

Ellas son de Argentina, Rumanía y Colombia, de lugares donde la pobreza acecha a gran número de ciudadanos, cuyas únicas oportunidades nacían lejanas a sus países de residencia. Aquellos que se salvaban del monstruo monetario, era por trabajos ilegales, los que proporcionaban

dinero fácil. Así era la fisiología de los países de procedencia de estas chicas, estos las habían empujado a su esclavitud, y otros países, la habían mantenido.

Yo soy muy distinta a ellas, y a la vez, soy igual. Nací en el seno de una familia adinerada, aunque con exageradas carencias. Mi padre siempre traía dinero a casa, mientras que mi madre sonreía y gastaba, nunca oí hablar de la procedencia de la material felicidad de la matriarca. Cuando crecí, mi familia decidió emparejarme con un exitoso chico que ya “apuntaba maneras”, o eso me dijeron, “son cuestiones de trabajo, además no encontrarás nada mejor”. Ellos construyeron los cimientos de mi cárcel, yo puse los materiales, y él terminó el techo. Pues poco después de tres años citándome con él, me consideré lo suficientemente enamorada como para establecer una alianza. Lejos de ser amor, era un trato pactado entre dos negocios

que se necesitaban recíprocamente para subsistir.

Inevitablemente me zambullí en los negocios que toda mi vida me habían estado rodeando, comerciantes de cuerpos y toxicidad se convirtieron en mis aliados. Todo estaba estratégicamente preparado por mi marido, yo controlaba lo suficiente como para no controlar lo suficiente.

Las chicas llegaban a mi oficina escoltadas por el mismo hombre trajeado, con facciones amables que invitaban a una peligrosa confianza. Aquel que las seducía con lo que se había estudiado, pues todas buscan escuchar lo mismo, característica de la que mis familiares se aprovechaban. Y es que lejos de alumbrar a los que se acercaban a él, el cartel de neón te sumía en una eterna oscuridad. Yo también las camelaba, les pintaba su nuevo trabajo como algo sofisticado y novedoso. Cabe decir que aquella situación me divertía, las engañaba

como me engañaban a mí los crueles hombres que me rodeaban, y es que me llegué a creer aquello de “les estamos dando una valiosa oportunidad”. Las creía muy lejanas a mí, y desde nuestra distancia, nunca pudimos ser tan cercanas. Era una maquiavélica metáfora que conformaba mis días.

Cada día que pasaban allí, la supuesta deuda se encarecía, por lo tanto, su jornada laboral se extendía interminablemente. Estaban expuestas a continuas vejaciones, golpes y violaciones, sin embargo, eso no es lo que se ve a simple vista. Bajo sus ojos, coronando las comisuras de sus labios y en las partes ocultas de sus brazos, miles de moratones propiciados por los esbirros de mi familia y la familia de mi marido. Aquellos eran como un aviso de lo que podía pasar cuando no se les hacía caso. Rechazar a un cliente, sonreír demasiado, no obedecer a las órdenes era la excusa perfecta como para destinar un golpe a los frágiles pero resistentes cuer-

pos de estas chicas. Tan diferentes éramos, que yo gastaba enormes cantidades de maquillaje para tapar similares cardenales en mi cuerpo.

Recuerdo cuando escuché por primera vez el nombre de Alexandra. Estaba en la recepción atendiendo a unos asuntos cuando el teléfono sonó. Era su familia, me dijeron que a duras penas podían pagarse la comida, que muchas personas les habían recomendado optar por esto. Sabían a dónde la mandaban, lo que estaría obligada a hacer, lo que iba a sufrir. Así pues elaboramos una oportunidad encubierta con el fin de atraer a la chica hasta aquí sin que sospechara nada. Les pagamos una gran cantidad por ella, aunque no comparable con lo mucho que nos haría ganar nuestra nueva “empleada”, les aseguramos que no le diríamos nada. Si, la familia de Alexandra había vendido fríamente a Alexandra.

Meses después la reconocí, gracias a la minuciosa descripción que su madre me había dado y que yo posteriormente le había trasladado al hombre trajeado, cruzando el umbral de la puerta, me recordó a una cordera yendo al matadero. La invité a mi despacho y me metí en el papel que tanto tiempo había estado desempeñando, aquel papel de títere controlado por sus cuerdas. La seduje una vez más, le pinté las normas lo más agradable que pude, y la acompañe a su habitación, donde conoció a Vania y a Miriam. Fui conocedora de su deterioro, presencie como se apagaba, cual flor arrancada.

La última y más dura escena que presencié fue respecto a Vania. Los hechos transcurrieron un día cualquiera, en el cual el jefe se pasa para ver cómo va la empresa. Ese día yo intenté hacer mi trabajo lo mejor posible, responder al teléfono, concertar citas, reponer maquillaje, reclutar chicas... todo a ver si podía ganarme su

cariño, uno que a pesar de ser su esposa nunca me había profesado.

De un momento a otro, un señor con traje, aunque sin saber vestirlo, pues llevaba la camisa por dentro, irrumpió en el local. Todos los allí presentes, Joaquín, mi marido, y sus esbirros, fueron una calurosa bienvenida. En seguida supe de que se trataba, aquel hombre había cerrado un jugoso y blanco trato, como recompensa le había regalado un billete con destino a aquí.

Tras una charla con el patriarca y unas cuantas carcajadas, Joaquín me mandó ir a buscar a Vania, la cual llevaba más tiempo en el club por aquel entonces. Al bajar las escaleras, la chica adoptó un comportamiento de repudia, el hombre adquirió hostilidad. Como si se conocieran de antes. Vania comenzó a recular, a lo que yo, agarrándola del brazo la empujaba hacia adelante. No paraba de decir que

quería subir, que otro día haría el doble de hombres pero que por favor no quería ir con él a la habitación.

Al ver los presentes la situación se abalanzar sobre ella y la sentaron en una silla, la ataron de pies y manos. Ella no paraba de repetir lo mismo, yo pude notar como a Joaquín se le iba agitando la paciencia y su temperamento ascendía. Tras muchos golpes, amenazas e insultos. Mi cónyuge mandó traer el dinero que Vania había hecho esa semana.

La cifra no bajaba de los cien billetes, poco a poco, Joaquín fue enrollando fajos de diez y los dispuso, mientras la miraba desafiante, frente a ella. Una incómoda sensación recorrió mi cuerpo, sin embargo, no cesé de observar la situación. Cuando hubo acabado no le hizo falta ni mandarle que empezara a tragar, ella comenzó a llorar. Temblorosa acercó su mano al primer fajo y se lo metió en la boca.

Enormes lágrimas resbalaban por su mejilla y mojaban los ya manchados billetes.

Hasta que se había comido cuatro. En ese momento dejó de engullir, y comenzó a gritar, les vomitó los peores insultos que se le ocurrieron, ni con ellas hacían justicia a lo atroces que eran aquellos hombres. Preso de la ira, Joaquín sacó la pistola y la apuntó. En ese momento reaccioné. Le supliqué que por favor la dejara, que ya había sido suficiente. Entonces él movió la mano que portaba el arma lentamente, como si emplumara algo, ese algo era el jarro de agua fría que me acababa de caer en la cabeza. Me estaba apuntando.

Joaquín mandó a los esbirros que llevaran a Vania a la parte de atrás, sabiendo lo que eso conllevaba, le grité más. A lo que él me propinó un golpe. Yo se lo devolví intentando zafarme. Me atrapó. Entrelazó sus manos alrededor de mi cuello y apretó.

Lo hizo hasta que supuso que ya había emitido mi último aliento, mientras me ahogaba, vi como arrastraban el cadáver de Vania al jardín. Fue lo último que presencié. Lo último que pensé. Que todos éramos iguales, indistintamente de carteles que nos separaran y que nos alumbraran o nos hicieran sombra. Que no los había menos o más merecedores de libertad. Que no habría infierno que me hiciera pagar por lo que por tantos años había estado tolerando. Que no era tan distinta a ellas. Ni ellos menos desdichados que ellas. Ni ellas menos que ellos.

